

Fidel Araneda Bravo

Los estudios históricos en Chile

(Continuación del N.º 337-338)

Los historiadores novísimos

D. *Alberto Edwards Vives* (1874-1933).—Es sin duda el primer historiador moderno y novísimo. El vió con claridad y sin prejuicios el pasado de nuestra patria. Escribió dos obras fundamentales *El Gobierno de D. Manuel Montt* y *La Fronda Aristocrática*; y después de su muerte prematura, una editorial reunió varios de sus artículos bajo el título de *La Organización Política de Chile*. En la época de su muerte, Edwards, escribía la *Historia de Cien Años* (1831-1931), que D. Francisco A. Encina ha aprovechado al máximum para la *Historia de Chile*, que más adelante comentaremos.

El autor tiene grande espíritu de síntesis, rectitud de juicio y le sobra serenidad. Es el primero de nuestros historiadores que se atrevió a decir "que el nacimiento de las nuevas repúblicas fué prematuro. Si las expresiones de la fisiología pudieran aplicarse a la historia, clasificaríamos el suceso como un aborto". D. Alberto era un iconoclasta. Los viejos historiadores, que aún vivían, pusieron el grito en el cielo. Fué algo inusitado que un historiador se atreviera a echar por tierra una vieja creencia patrioterica. En todas sus obras

descorre el tupido velo con el cual los historiadores del siglo pasado ocultaron la verdad.

Su lenguaje es gráfico y los libros se leen con avidez; en cada página uno espera alguna novedad, algo desconocido e inusitado que no alcanzaron a ver los historiadores tradicionales.

Aunque es muy sereno e imparcial, en sus obras manifiéstase siempre partidario de los regímenes de autoridad, cuyos más altos personeros fueron Portales, Montt y Varas. Es admirador ferviente de estos personajes y, en especial, de D. Manuel Montt. Rinde homenaje al arzobispo Valdivieso, mas no le admira; no pudo perdonarle que le hubiese discutido al Presidente Montt. En general, la tendencia de Edwards es racionalista, espengleriana y liberal.

Aunque en el presente estudio nos hemos referido sólo a los historiadores fallecidos, ya hicimos una excepción con D. Tomás Thayer Ojeda, por su incansable labor de investigación y ahora haremos otra con los señores José Miguel Yrarrázaval Larraín y Francisco Antonio Encina porque son figuras señeras en el panorama histórico de Chile (10).

D. José Miguel Yrarrázaval (1881) es tal vez el más serio y prudente de los historiadores chilenos de nuestra época. Sabe que la historia es *testis temporum, lux veritatis, vita memoriae, magistra vitae et nuntia vetustatis* (Cicerón) y en sus obras jamás pierde de vista tan elevado y noble concepto de esta ciencia. Al vasco de tomo y lomo, ordenado, metódico y sensato le vino "como anillo al dedo", para sus estudios históricos, la formación clásica que recibió en el Seminario.

En todos sus libros manifiesta un profundo amor a la verdad porque ante todo concibe la historia como luz de la verdad *lux veritatis*. En la *Patagonia. Errores geográficos y diplomáticos* (1930) desenmascara a Lastarria y a Barros Arana, que desconocie-

(10) Lo mismo podemos decir de la vasta e inteligente obra de D. Eugenio Orrego Vicuña y D. Jaime Eyzaguirre Gutiérrez y la de otros historiadores de menor importancia.

ron con una miopía increíble el valor de la Patagonia; y los responsabiliza por la pérdida de tan magnífica región. Con lujo de pormenores, pasmosa erudición e incontrovertible dialéctica señala y comprueba los infinitos errores en que incurrió nuestro país acerca de sus derechos en la Patagonia. Lamenta, el señor Yrarrázaval, la corta visión de los estadistas y diplomáticos para prever el brillante porvenir de la Patagonia. Se desestimaron esas tierras con un desprecio tan insolente como absurdo.

Escribió después *El Presidente Balmaceda* y se advierte, en esta obra, a pesar de todo su amor a la verdad, que el autor no se muestra amigo de su héroe. *In hoc non laudo* porque, no obstante esa libertad electoral de que tanto se hace gala, siempre seguimos creyendo que la revolución de 1891 ha sido de las más inútiles de América.

Empero, el trabajo fundamental de nuestro historiador, el que le inmortalizara es *San Martín y sus enigmas*. Quien haya leído las biografías de San Martín, aun la que hace el señor Encina en su *Historia de Chile*, se encuentra con un hombre absolutamente distinto en esta obra de nuestro estudioso colega. ¡Qué cosas dice el autor! y está tan bien documentado que ellas no admiten réplicas. Cada afirmación se apoya en documentos fidedignos y en sólidos estudios sobre San Martín, hechos por altas autoridades argentinas y peruanas. El señor Yrarrázaval se propuso vindicar a Chile y colocar al prócer argentino en el lugar que históricamente le corresponde. Esto podrá desagradar a los admiradores ciegos del vencedor de Maipú, pero la verdad está por encima de todo. San Martín aparece aquí con todas sus virtudes y defectos; en estas páginas descúbrense los enigmas de la laboriosa vida del libertador de Argentina, Chile y Perú. Conocemos su actuación en Chacabuco y sabemos que en rigor fué San Martín quien no sólo expuso, sino el que lanzó a la división de O'Higgins a enfrentarse con el enemigo, sin el concurso de la división de Soler, que tardaría en ayudarlo. O'Higgins y las fuerzas argentinas supieron salir del trance con honor y buen éxito.

La posteridad ha juzgado con distinto criterio la actitud del héroe de nuestra Independencia.

Yrarrázaval prueba que San Martín era un decidido partidario de la monarquía; y descubre las intrigas del libertador contra Chile y sus hombres de gobierno después de Chacabuco. No menos interesante son los datos que el autor nos da acerca de la triste actuación del biografiado en el Perú y las dificultades que tuvo con Cochrane, en las cuales aparecen claramente las maquinaciones contra el almirante inglés. Pobre es también la actuación del Protector del Perú, en la entrevista de Guayaquil y cuyo fracaso se debió principalmente a su deseo de ceñirse la corona real de esa nación y de anexar Guayaquil a Colombia.

A pesar de lo que digan los admiradores y panegiristas del prócer, D. José Miguel Yrarrázaval, con profundo y admirable espíritu de justicia, ha hecho un retrato auténtico del hombre cuya vida tanto se ha endiosado y que, en un momento de paroxismo, se llegó a comparar con Cristo.

Llegamos, por fin, al historiador más fecundo y discutido de nuestra época, el señor D. *Francisco A. Encina*. Contemporáneo de Alberto Edwards, ambos nacieron el mismo año, y es evidente que el señor Encina sigue los pasos de su malogrado colega.

El nuevo historiador, que acaba de terminar la publicación de su *Historia de Chile*, en veinte apretados tomos, piensa lo mismo que Edwards y estudia el pasado bajo la influencia de Hegel, Kant, Spengler y otros escritores racionalistas. Concibe la historia en un sentido materialista, muy limitado, que acorta y oscurece la visión y el encadenamiento histórico, no ve pasado como San Agustín. Para el señor Encina no existe el plan único de la historia universal y la educación de la humanidad en la historia y por la historia. Cada vez que el autor se encuentra frente a un fenómeno sobrenatural lo atribuye al fatalismo.

Tiene una clara visión intuitiva que, aún cuando no pocas veces se aparta de la verdad objetiva, no deja de transportarnos al

tiempo que él rehace con clara percepción. Con razón ha dicho Schlegel "que el historiador es un profeta que mira hacia atrás". Su poder de síntesis es maravilloso, ningún otro historiador nos ha presentado los hechos en esos vivos resúmenes que hace al final de cada período.

Se le ha censurado, con exageración, porque derribó de sus pedestales a muchos hombres, que antes aparecían sin mácula, pero la historia como lo he repetido, hay que escribirla con sinceridad y sin reticencias, lo cual no autoriza tampoco para denigrar a nadie, mucho menos a nuestros héroes, pero D. Francisco A. Encina se limita a decir la verdad, a base de documentos y vaya un ejemplo: si se estudia al almirante Williams Rebolledo no queda muy bien; en cambio, exalta la figura de Arturo Prat, como no lo ha hecho ninguno de los otros historiadores. Al autor nada le importa echar por tierra viejas reputaciones, con tal de decir la verdad y tiene razón: los hombres que trabajaron por darnos patria son muy dignos de respeto, pero los historiadores deben presentarlos sin eufemismos para acercarse lo más posible a la realidad.

El señor Encina es un enemigo irreconciliable del neoverismo histórico. Esos héroes y estadistas endiosados e intocables han sido descubiertos por el autor con rara claridad aunque no sin exageración. ¿Cómo no ha de ser digno de elogio, por ejemplo, que el autor de la *Historia de Chile* haya desenmascarado a D. José Victorino Lastarria, cuya opinión sectaria y petulante pesó más de un siglo en el ambiente intelectual chileno?

Pero el señor Encina, a menudo se erige en sumo pontífice inapelable del pasado chileno y no admite que sus colegas piensen de otra manera; tal vez tiene excesivo aprecio de su saber y esto le hace pensar que sólo él posee el secreto de la historia. Sus juicios son categóricos, pero uno se siente inclinado a perdonarle este defecto si considera que su obra resulta infinitamente más real y convincente que aquellas que nos legaron los historiadores del pasado siglo.

El señor Encina es el primer historiador cuyos volúmenes se leen con sumo agrado y hay tomos de su historia que llevan ya cuatro ediciones, lo cual se debe naturalmente a la amenidad del estilo; tiene una pluma maestra que permite leer su historia con facilidad y agrado. El autor distingue bien entre el investigador y el historiador, porque como él mismo lo dice en su libro *La literatura histórica y el concepto actual de la historia*, que hemos citado varias veces en este estudio, "lo que separa fundamentalmente al investigador del historiador es la posición frente al documento: aquél es su esclavo y éste su amo: el primero emplea su vida en su rebusca, y una vez encontrado lo erige en ídolo, mientras el segundo le bebe su contenido y lo arroja después el canasto de los papeles inútiles. Pero el documento es esclavo poco sumiso, vengativo y profundamente insidioso en la consecución de sus ansias de dominio. El duelo entre el historiador y el documento acaba en la mayoría de los casos, por la victoria de este último". Ni tanto ni tan poco. *In medio es Virtus*. No se puede prescindir absolutamente del documento ni tampoco es permitido abusar de él. Todo los historiadores concuerdan en que, por lo menos, hay que hacer referencia a las fuentes de donde se obtuvo el dato, para que el lector pueda verificarlo y esto no impide que el historiógrafo extraiga de ellos el alma del pasado. Al señor Encina se le pasa la mano y a veces olvida algunos documentos importantes, como, por ejemplo, en el conflicto eclesiástico (1878-1886). El autor ha prescindido de las enseñanzas y consejos de su maestro Jacobo Burckhardt: "todo lo que puede servir, aun de lejos, para aumentar nuestros conocimientos, debe ser reunido al precio de cualquier esfuerzo y sacrificio, hasta llegar a reconstruir completamente los horizontes espirituales de otro tiempo" (11). Ranke, en el prólogo de la *Historia de los Pa-*

(11) Jacobo Burckhardt, *Reflexiones sobre la historia del mundo*. Ed. 1945. Introducción.

pas, se deleita hablando de las fuentes que utilizó para escribir la obra.

Toda la opinión sensata censura al señor Encina ese prurito de interpretar en forma antojadiza algunos acaecimientos, el autor lo hace con mentalidad liberal manchesteriana y en forma dogmática e infalible. Para él, el Presidente D. Manuel Montt es un ídolo y el punto de referencia para juzgar a los demás personajes de la historia, esto a la postre resulta una insoportable majadería. Sigue las aguas de Alberto Edwards y cuando juzga al grande arzobispo Valdivieso opina con reticencia porque tuvo dificultades con Montt.

No se puede negar que Encina es el primer historiador nacional que da a la iglesia de Chile alguna importancia y me ha incitado muchas veces a escribir la historia eclesiástica; mas como es un espíritu liberal manchesteriano y racionalista puro, mira la actuación de ella y de los sacerdotes muy secundariamente y con un sentido patronatista y regalista dignos de sus maestros Manuel Montt y Antonio Varas. Admira al clero, pero censura a los eclesiásticos de la Conquista y de la Colonia, porque defendían al pueblo de la ominosa opresión de conquistadores y encomenderos.

Es indiscutible que la obra del señor Encina posee cualidades, pero el autor es tan *sui generis* en sus apreciaciones, que el mejor título que le cuadra a la *Historia de Chile* es el de "Interpretación". Parece que el autor ha olvidado el ridículo razonamiento que pasó entre Don Quijote, Sancho Panza y el Bachiller Sansón Carrasco (12), a propósito de algunos hechos de D. Quijote que no aparecen en la primera parte de la inmortal novela: "Así es —replicó Sansón—; pero uno es escribir como poeta y otro como historiador: el poeta puede contar o cantar las cosas, no como fueron, sino como debían ser y el historiador las ha de escribir no como debían ser, sino como fueron, sin añadir ni quitar a la verdad cosa algu-

(12) Miguel de Cervantes Saavedra, D. Quijote de la Mancha. P. II, cap., III. Ed. Aguilar, Madrid.

na". El autor de la *Historia de Chile* no es poeta, ni mucho menos, pero a veces conviértese en intérprete de los acaecimientos históricos de nuestro país y se posesiona tanto de su misión interpretativa, que, no pocas veces, llega a creer que los sucesos debieron ser como él se los ha imaginado y no como fueron en realidad.

Hominum est errare. Así son las cosas humanas. Lo mejor es enemigo de lo bueno.